



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS

LECTURA SESIÓN 8

CT 114 PASTORALES ESPECÍFICAS

Floristán, Casiano. “Servicios pastorales especiales”. En *Teología práctica. Teoría y praxis de la acción pastoral*, 665-682. Salamanca: Sígueme, 1993.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

SERVICIOS PASTORALES ESPECIALES

Después de haber visto en el capítulo anterior la actitud fundamental del servicio cristiano caritativo, que se traduce en una opción preferencial por los pobres y en un despliegue de ministerios de ayuda, promoción y liberación, estudiaré algunos servicios pastorales especiales. Evidentemente son muchos los ministerios de la acción pastoral en su conjunto. Aquí me limitaré a señalar solamente los relacionados con las edades de la vida, el modo de vivir urbano o rural y las exigencias de determinados colectivos humanos.

1. *Servicios pastorales según la edades de la vida*

La acción pastoral ha tenido en cuenta siempre las diversas edades de la vida, sobre todo en la celebración sacramental y en la educación religiosa, aunque de hecho ha prevalecido y prevalece la preocupación primordial del adulto. Evidentemente las etapas de la vida cobran mayor relieve en el campo pastoral cuando se cuenta con la pedagogía y la psicología. En líneas generales podemos hablar de infancia, adolescencia, juventud, adultez y tercera edad¹. Aquí me fijaré particularmente en dos edades: juventud y tercera edad.

a) *Pastoral de juventud*

Juventud es la fase de la vida previa a la edad de los adultos, caracterizada por la autonomía progresiva de la familia hasta la adquisición de un estatuto profesional. Algunos sociólogos añaden el rasgo

1. Cf. J. A. García-Monge, *Edades de la vida*, en CFP, 1022-1033.

de una cultura o subcultura juvenil². El joven se encuentra en edad escolar, depende todavía de la familia e intenta adquirir un trabajo; deja de ser joven cuando tiene un oficio y se casa. La importancia de la juventud ha crecido al aumentar su número demográfico y su protagonismo social, ya que tiene hoy a su favor la relación con las demás edades³. Según algunos sociólogos, los rasgos de la juventud actual —a menudo contradictorios— se traducen en acentuadas relaciones interpersonales, demanda de praxis inmediata en lo social y político, carencia de memoria respecto de acontecimientos recientemente pasados y entendimiento del mundo en términos de *happening* o de teatro⁴.

Hasta hace poco la juventud era esperanza; hoy es problema. Su distancia social con la edad adulta es manifiesta a causa de la tensión entre el poder del adulto y la sumisión del joven. Los jóvenes se muestran a menudo inestables, escasamente integrados en la sociedad y en ocasiones violentos. No obstante, son cortejados por las organizaciones políticas y sociales, las Iglesias deploran su ausencia y los comerciantes les venden determinados productos. No hay término medio, se les critica o se les alaba. Tan pronto se dice de los jóvenes que viven en pandillas o en bandadas como que son ferozmente individualistas; unos los acusan de que son indolentes y otros de que se enfrascan laboriosamente en su trabajo o en su carrera; al mismo tiempo que se les recrimina su miedo al futuro, otros piensan que no toman en serio ni su propio porvenir. Cierto es que los jóvenes no son iguales aunque se hable de la juventud o de los jóvenes como de una categoría social identificable y unitaria⁵. Se suele señalar la edad de la juventud entre los 15-24 años o los 16-25 e incluso hasta los 30 años⁶.

Según recientes encuestas llevadas a cabo a mitad de la década de los ochenta, la juventud española muestra un señalado descenso de la práctica religiosa y del sentido religioso de la vida⁷. Si se compara

2. Para conocer el mundo de la juventud ver E. Ander Egg, *La rebelión juvenil*, Madrid 1980; J. L. L. Aranguren, *Bajo el signo de la juventud*, Madrid 1983; J. Torbado *Jóvenes a la intemperie*, Barcelona 1971; A. de Miguel, *Los narcisos. El radicalismo cultural de los jóvenes*, Barcelona 1979.

3. Son importantes los informes sociológicos *Juventud española 1960/82*, Madrid 1984; *Juventud española 1984*, Madrid 1985; *Jóvenes españoles 89*, Madrid 1989. Y los informes «Juventud en España» editados por el Ministerio de Cultura.

4. G. Bianchi - R. Salvi, *Juventud*, en *Diccionario de sociología*, dir. F. Demarchi-A. Ellena, Madrid 1986, 983-992.

5. Según el informe *Jóvenes españoles 89*, anteriormente citado, hay jóvenes «conformados», «segregacionistas», «cooperadores», «simbolistas», «libredisfrutadores», «utilitaristas», «pasivos» y «logromotivadores», 38-39.

6. R. Campanini, *Les jeunes d'aujourd'hui. Caractères et diversités*: MasOuv 431 (1990) 2-15.

7. I. J. M. Riaza Ballesteros, *La religiosité des jeunes espagnols*: SocCom 33 (1986/4) 85-4 0.

con el catolicismo de los adultos puede advertirse en los jóvenes una reducción religiosa numérica a una cuarta parte. Los jóvenes no practicantes eran en 1960 el 19%, en 1977 el 23%, en 1982 el 45% y en 1984 el 55%. A misa dominical sólo va un joven de cada cinco. Según una encuesta de 1984 hecha entre los jóvenes, se consideran ateos el 12%, mientras que creyentes se reconocen el 74%; en los años cincuenta se reconocían creyentes el 95%. Tres de cada cuatro jóvenes se identifican como católicos. Si se compara la práctica religiosa de los jóvenes menores de 24 años y los adultos mayores de 64 años, los datos se invierten: son católicos practicantes el 18% de los jóvenes y el 78% de los muy adultos; por el contrario se consideran católicos no practicantes el 70% de los jóvenes y el 19% de los mayores de 64 años. A los oficios religiosos nunca va el 34% de los jóvenes y el 7% de los mayores; la asistencia esporádica da el 54% para los menores de 24 años y el 37% de los mayores de 64 años. Los domingos van a misa con regularidad solo el 9% de los jóvenes, a diferencia del 63% de los que sobrepasan los 64 años. Dentro del mundo universitario, un 20% se declaran no creyentes, un 50% católicos «por libre» y sólo un 24% practican con regularidad en la parroquia, mientras que un 6% pertenece a grupos o comunidades cristianas. A partir de los 17 ó 18 años comienza la desvinculación religiosa de la juventud. Se observa un claro distanciamiento de la Iglesia en las personas comprendidas entre 18 y los 40 años. Entre los 21 y los 34 años se encuentra la generación perdida para la Iglesia. Los matrimonios canónicos son en los umbrales de 1990 una cuarta parte menos que en 1975; hay una tendencia lenta de disminución⁸.

Como conclusiones sobre la religiosidad de los jóvenes podemos afirmar que en el quinquenio 1984-1989 se ha interrumpido el descenso en picado de la práctica religiosa de los jóvenes. Los análisis de 1989 afirman que creen en Dios el 71% de los jóvenes y en el pecado el 36%; semanalmente va a misa el 18%. Se observa asimismo que las diferencias de práctica religiosa y creencias entre los chicos y chicas tiende a acortarse; los parámetros de religiosidad son más altos cuanto más a la derecha se posicionan los jóvenes, con excepciones crecientes; los jóvenes religiosos por libre son numéricamente más que los asociados en organizaciones religiosas; dos de cada tres jóvenes tienen poca o nula confianza en la Iglesia; la dimensión religiosa como cualidad importante en la educación del niño y en la elección de compañero/a es escasa y, finalmente, los jóvenes creyentes y practicantes tienen una cosmovisión reflejada en actitudes y valores. En resumen, el cristianismo de la juventud actualmente creyente es más asociativo

8. Cf. datos en «El País» del 7.10.1989.

y grupal, menos gregario y sacramental, más relacionado con la experiencia y la vida y más libre de regulaciones que el de algunas décadas anteriores⁹. En todo caso, hay dos tipos de jóvenes católicos: uno conservador, eclesial, espiritualista; otro, progresista, preocupado por la dimensión social de la fe, crítico con lo institucional y libre en la aceptación de los valores. Con todo, la Iglesia no cumple hoy en los jóvenes el papel que tuvo en otras épocas respecto de la cosmovisión o de la orientación en la vida. De ahí que una mayoría de la juventud actual es escasamente religiosa y muy alejada de lo eclesial.

La mentalidad de los jóvenes es relativizadora, producto del ambiente técnico e industrial que vivimos, sin referencias tradicionales o trascendentes¹⁰. El mundo de los jóvenes, mundo con futuro incierto por la escasez de trabajo, es eminentemente provisorio. Lo que importa es lo inmediato, ya que casi todo es efímero; a los jóvenes les atrae lo experiencial y lo experimental; si algo no ha sido probado o comprobado, no es válido. De ahí que no funcione en los jóvenes la transmisión de la fe de un modo tradicional a través de creencias y de prácticas. La fe es para el joven un asunto subjetivo, una experiencia con escasa relevancia doctrinal. Los valores religiosos son para los jóvenes valores correspondientes a un orden cultural antiguo o a un modo de pensar adulto: esfuerzo, disciplina, orden, autoridad, etc.; acentúan lo relacional, lo psicológico, el cuerpo, el yo, etc. Quieren vivir inmediatamente un modo de existencia elegido libremente, sin proyecto colectivo y con una sola preocupación: la voluntad de autoafirmarse y la búsqueda de una realización personal¹¹.

Ante estos rasgos característicos de la juventud y su particular experiencia religiosa, no es fácil trazar criterios válidos para una pastoral de juventud¹². Las parroquias y algunos movimientos religiosos han intentado e intentan fomentar una pastoral de juventud mediante tres vías de acercamiento:

9. Cf. J. Elzo Imaz, *Actitudes de los jóvenes españoles frente al tema religioso*, en *Jóvenes españoles 89*, 331-333; F. Fernández, *La religiosidad de la juventud española, ayer y hoy*, en *Catolicismo en España*, Madrid 1985.

10. Cf. mi reflexión *Cara y cruz de los jóvenes en la parroquia*: ViNue 1486/87 (1985) 1336-1339.

11. Cf. los números especiales de revistas: *Los jóvenes y el rumbo de la Iglesia*: nc 106 (1975); *Los jóvenes, hoy*: MisAb (1979/4); *Iglesia y juventud*: SaT 68 (1980/2); *Los jóvenes*: Laic 54-55 (1981); *La juventud española hoy*: RF 210 (1984) n 1.030-1.031; *Juventud y fe cristiana*: PastMis 150 (1987).

12. Cf. Subcomisión de Juventud C.E.A.S., *Una experiencia de pastoral juvenil*, Madrid 1983; Varios, *La pastoral juvenil: del catecumenado a la comunidad cristiana*, Madrid 1983; S. Movilla, *Ofertas pastorales para los jóvenes*, Madrid 1984; Obispos Vascos, *Diálogo con los jóvenes desde la fe*, San Sebastián 1980; J. A. Vela, *Pastoral juvenil en América Latina*, Bogotá 1978; A. Larrañaga, *Una pastoral juvenil en línea catecumenal*, Madrid 1981; C. Sirra Tobón, *Manual de pastoral juvenil*, Bogotá 1986.

1) La primera transcurre por el ámbito de la *plegaria*, algo inusitado antes del Concilio. Ciertas asambleas de oración son, paradójicamente, lugares actuales de convocatoria juvenil. El fenómeno de Taizé es una muestra extraordinaria del interés religioso contemplativo juvenil. La pregunta que congrega a estos jóvenes es simple y directa: ¿cómo vivir de otra manera? Se advierte de antemano el rechazo de algunos valores vigentes en nuestra cultura de adultos, hoy más en crisis que hace unos años. Los jóvenes rechazan contundentemente el poder del dinero, la destrucción egoísta de la naturaleza, la militarización en la sociedad, la carrera de armamentos, los enfrentamientos bélicos, la inseguridad en el trabajo, la manipulación ideológica, el tráfico de drogas y el tedio de vivir. Hoy los jóvenes no son contestatarios de la escuela, la familia, la sociedad o la religión; ni siquiera son activamente *pasotas*. Son indiferentes a las estructuras e incluso conformistas, preocupados sinceramente de sí mismos y de vivir la vida lo más felizmente posible y en paz. En la renovación carismática y en movimientos similares de oración encuentran algunos jóvenes un tiempo y un modo de satisfacción espiritual.

2) La segunda vía es propia de la juventud de todos los tiempos. Abarca todo el ámbito de la *actividad*. Los jóvenes demandan cometidos concretos, participación activa, sea en el plano celebrativo, sea en el terreno educativo, en el deportivo o en de la mera diversión. No les gusta ser peones de los mayores; quieren ser actores de su propia y casi exclusiva obra. Una vía particularmente importante es la celebración de la pascua juvenil, mitad proceso contemplativo, mitad actividad extraordinaria grupal en el marco insustituible de la naturaleza. La celebración dominical vivida por los adultos en la parroquia es para los jóvenes aburrimiento, rutina y esterilidad. No hallan allí ninguna fuente de emoción. Por eso escasean en las eucaristías dominicales de la parroquia. Sólo están presentes cuando activamente cantan en el coro o tocan instrumentos apropiados. Ni tan siquiera se hacen presentes en el equipo litúrgico encargado —cuando existe— de preparar la celebración. Otro ámbito de actividad lo desarrollan algunos jóvenes a través del movimiento *Junior* o de los *Scouts*. No olvidemos que la participación juvenil es también escasa en los ámbitos culturales, educativos y políticos.

3) La tercera vía es la *evangelizadora*, con una preocupación de catequesis de adultos. Recordemos que la pastoral juvenil se ha centrado últimamente en el denominado *catecumenado de confirmación*. Los responsables pretenden llevar a cabo un proceso de maduración de la fe, pero los jóvenes candidatos se inscriben con propósitos sa-

cramentales. Después de confirmados abandonan su preocupación de cara a una opción de fe personal y consciente. En el fondo, esta vía se reduce a un proceso de formación, de difícil acomodación —dada la heterogeneidad de los jóvenes— a pesar de la evidente ignorancia religiosa que hoy tiene la juventud. Los temas teológicos no constituyen centros de interés ni, por supuesto, existen catequistas preparados para esta difícil tarea educativa religiosa. Los jóvenes necesitan una evangelización que plantee multitud de interrogantes, previos a su catequización. Para que el joven integre en su vida la dimensión religiosa de la fe es necesario que se recorra un proceso educativo¹³.

b) *Pastoral de la tercera edad*

Como consecuencia de la prolongación de la vida en casi treinta años en lo que va de siglo (de 40 años de media a 70) y de la anticipación del retiro laboral o jubilación en unos diez, la generación de la *tercera edad* ha crecido en poco tiempo considerablemente; una quinta parte de la población pertenece al gremio de los jubilados¹⁴. En España hay 1.000 jubilaciones diarias; en total hay 6 millones de personas en la tercera edad. De otra parte mejora la calidad de la vida y, en concreto, la salud de los mayores. Recordemos que de cada dos mujeres de 52 años y de cada dos hombres de 55 años, uno es abuelo. De hecho se llega a la edad de *senior* con un bagaje de conocimientos y de sabiduría vital considerable. Aunque con la edad disminuyen las fuerzas físicas, adquiere plenitud la persona humana. Naturalmente las diferencias entre un jubilado de 65 años en pleno vigor intelectual y un viejo nonagenario enfermo son enormes. En cualquier caso, la tercera edad está formada por personas de ordinario jubiladas que tienen tiempo libre, adquieren una nueva relación social y empiezan a estar afectados por los problemas de la salud. Con todo, es un momento excepcional para sopesar el significado de la vida, valorar la importancia de la fe e incluso adquirir nuevas responsabilidades en la educación humana y religiosa de niños y jóvenes. Las personas mayores poseen una envidiable experiencia de vida, han adquirido un contrastado sentido religioso, tienen paciencia y serenidad, etc. Naturalmente, también son egoístas, viven obsesionados por la salud, no

13. Cf. J. R. Urbieto, *Los jóvenes como agentes de evangelización*: RevPastJuv 283 (1990) 4-33.

14. Cf. *Autour de la retraite. Nouvelles étapes*: Catéchèse 112 (1988) 7-57; V. J. Sastré, *Los mayores en la nueva sociedad*: Cor 13-14 (1980) 119-144.

aceptan sus limitaciones, tienen manías, malos modos, tristeza, depresiones, etc.¹⁵.

La pastoral de la tercera edad comenzó a tomar relieve después del Concilio, cuando las personas de más de 60 años se resistían a un cambio de vida cristiana en una nueva relación con un mundo en transformación. Recordemos que las personas de la tercera edad no tuvieron en general una educación escolar suficiente ni una iniciación cristiana adecuada. De niños aprendieron de memoria el catecismo y cuando eran jóvenes apenas había una adecuada pastoral catecumenal de cara a la confirmación. Solamente los que pertenecieron a la AC o a grupos de militancia cristiana poseen un bagaje cristiano. La formación continua de la fe en la tercera edad exige una síntesis apropiada de la fe, una pedagogía viva de transmisión y una participación activa de los miembros del grupo.

El movimiento *Vida ascendente* (Vie montante) nació en Francia hacia 1962 con el propósito pastoral de tratar a los mayores, no como ancianos inservibles sino como personas con capacidad cristiana. Según sus estatutos, aprobados por la Conferencia Episcopal Española en 1986, «Vida ascendente es un movimiento eclesial de apostolado seglar, constituido por hombres y mujeres pertenecientes a las comúnmente denominadas tercera y cuarta edad». Para lograr este objetivo es necesario descubrir este tramo de la vida como etapa de plenitud, con una atención integral en relación al ocio, cultura, salud y vida cristiana. La persona mayor ha de sentirse responsable y activa, en grupo de amistad y compañía, con capacidad de aportar su experiencia, aceptando serenamente el proceso de su vejez.

2. Servicios pastorales según el modo de vida urbano o rural

a) Pastoral urbana

La expansión creciente e incontenible de las ciudades es un hecho evidente después de la segunda guerra mundial, tanto en los países desarrollados como en los subdesarrollados, en los estados socialistas como en los capitalistas¹⁶. En definitiva aumentan en el mundo las ciudades, crece el número de habitantes en las grandes urbes, es patente el prestigio de los modelos urbanos y en los grandes asentamientos residen los centros de poder. Todo esto equivale a lo que se denomina *urbanismo*.

15. Cf. U. Leher, *Psicología de la senectud*, Barcelona 1980; Instituto de Ciencias de Hombre, *Tercera edad*, Madrid 1977.

16. Cf. *Pastoral urbana*, en DAbPast 347-348.

Las grandes ciudades se desarrollaron en el siglo pasado por la necesidad de habitar cerca de las industrias, educar y preparar mejor a los hijos, poder gozar de ciertas diversiones, tener un mejor nivel de vida y participar con más facilidad en la comunicación social. Siempre hubo ciudades, aunque antes del s. XIX ninguna urbe europea, salvo París, contaba con más de 100.000 habitantes. Se calcula que en menos de un siglo, el 80 % de los habitantes del mundo residirán en ciudades.

Las ciudades han crecido de ordinario en paralelo con el desarrollo industrial. En una primera etapa emigran los campesinos de las zonas rurales a la ciudad y se instalan en suburbios infradotados o en viviendas del centro urbano abandonadas por inservibles; aparece el fenómeno del «chavolismo». En un segundo momento se estructura la ciudad, mejoran los transportes y las vías radiales, se descongestionan el centro, los ricos se instalan en los «suburbios» y la ciudad se divide en zonas ricas y barrios pobres. Por último, son absorbidos los pueblos colindantes a la urbe y aparece la gran ciudad con toda su aglomeración. Junto a la concentración de la población en las grandes ciudades se produce el fenómeno de la difusión del fenómeno urbano. Se suelen señalar tres construcciones que invariablemente se dan en las ciudades: el *templo* (la religión), el *palacio* (la fuerza) y el *mercado* (la riqueza), situados en el centro como lugares de poder y con frecuentes relaciones de conflicto. La crisis económica por el crecimiento del paro y la transformación social de la urbe, consecuencia del cambio rápido y profundo de los modos de comportamiento, plantea muchos problemas humanos y religiosos a las sociedades más desarrolladas.

La Iglesia se ha hecho presente en las ciudades a través de las parroquias, como sucursales de un centro episcopal que ha sido hasta hoy el palacio del obispo, junto a la curia, más que la catedral. El seminario, sito también en la ciudad, sólo ha influido en la preparación del futuro clero. La creación posconciliar de los consejos pastorales, así como la creación de vicarías en las grandes ciudades ha permitido descongestionar del centro episcopal la acción pastoral, pero todavía sigue intacto el poder de la parroquia como institución primaria de acción eclesial. El arciprestazgo es puramente canónico y casi ineficaz en la práctica. Entre la parroquia y la diócesis no existe una unidad pastoral adecuada. Tampoco están articulados con la parroquia los movimientos apostólicos, ni lo han estado bien nunca, por el recelo que la parroquia ha tenido de todo lo que sobrepasase el dintel parroquial. Tampoco está resuelto canónicamente el problema de las comunidades eclesiales no parroquiales. En la estructuración de todos estos problemas reside el reto de una pastoral urbana, amén de lo que significa el fenómeno del urbanismo: anonimato de la población; es-

pecialización de las funciones básicas (familiar, educativa, política, económica, recreativa y religiosa); movilidad diaria, de fines de semana y de vacaciones; contraste de unos barrios ricos con otros miserables; desacralización y secularización; concentración de instituciones culturales, técnicas y de todo tipo, etc.

La práctica religiosa de las grandes ciudades depende de la categoría social o nivel sociocultural al que uno pertenece y del lugar de la ciudad en donde se vive. De ordinario, cuanto más integración sociocultural, más práctica religiosa. También es más alto y manifiesto el grado de incredulidad o de agnosticismo que se da en la ciudad en relación al mundo rural, así como la desafección religiosa. En realidad, tienden a ser creyentes en la ciudad los íntimamente convencidos, entre los que predominan las personas de la pequeña burguesía, los trabajadores independientes y las personas no activas. También se advierte en la ciudad un fuerte contraste entre el contenido mental de la población urbana y las formas de expresión y comunicación de la Iglesia. «La urbanización —afirmó Pablo VI— trastorna los modos de vida y las estructuras habituales de la existencia: la familia, la vecindad y el marco mismo de la comunidad cristiana»¹⁷.

b) *Pastoral rural*

El adjetivo rural proviene de la palabra latina *rus*, que significa *campo*¹⁸. El campo es hoy entendido de un doble modo, como algo atrasado o rústico, antítesis de lo urbano o ciudadano, o como algo idílico, equivalente a lugar en plena naturaleza. En el primer caso se contraponen dos conceptos de sociedad, el tradicional o aldeano (agricultura, economía doméstica, religiosidad y cultura popular) y el industrial y urbano (industria, comercio, política, ciencia y cultura cultivada), sobreentendiendo la ciudad como lugar privilegiado en los sueños del campesino, y el campo como zona idealizada por los urbanos. En cualquier caso se observa que el campesino ha pasado de envidiar a la ciudad a sentirse orgulloso de su propio pueblo.

Un rasgo importante actual del mundo rural, señalado por los sociólogos, es la desaparición del «obrar comunitario» por la influencia cada vez más creciente y extendida del comportamiento urbano¹⁹. Con todo, el ámbito rural se resiste a morir a pesar de factores tan poderosos como la emigración a la ciudad y al extranjero (quedan los ancianos y los niños), la movilidad (se va y se viene con facilidad), la difusión de los

17. Cf. N. Greinacher, *Die Kirche in der städtlichen Gesellschaft*, Mainz 1966.

18. Cf. *Pastoral rural*, en DAbPast 344-345.

19. Cf. *El mundo rural español*: Cor 26 (1983) y 52 (1989).

medios de comunicación social (la televisión influye enormemente), cooperativismo (crecen las asociaciones de labradores) y la implantación de la técnica en el campo (han desaparecido casi todas las bestias de carga). Con todo, hay diferencias básicas entre diversos mundos rurales observables, p. ej., en España, desde Galicia a Cataluña y desde el Norte a Andalucía, pasando por la inmensa Castilla rural. Sin duda alguna, el mundo rural está tan marginado que apenas hay estudios importantes sobre el mismo. Ciertamente su nivel cultural y económico es bajo, su población ha envejecido y sus servicios son deficientes.

La pastoral rural va dirigida a las personas que viven en el campo o en el mundo rural y que forman parte del campesinado. Debe contar con un conocimiento de los problemas rurales y de sus necesidades: nueva política agraria, apoyo del cooperativismo, escolarización de su población joven, modernización de sus comunicaciones, etc. El rasgo más sobresaliente del mundo rural es el de la religiosidad popular campesina heredada, caracterizada por el dualismo sagrado-profano, el universo mágico-simbólico, el sentimiento de culpa, el gregarismo religioso y las normas rígidas y tradicionales. El mundo rural sigue siendo religioso, aunque en algunos aspectos no es coherentemente cristiano. La juventud rural es ostensiblemente menos religiosa que la generación de los mayores. Un segundo rasgo del hombre rural es el sentido de lo práctico y experiencial, de lo vivido y sentido, como se manifiesta en su folklore, tradiciones y costumbres. El mundo rural es capaz de celebrar, aunque a veces conmemora las intervenciones de una divinidad que bendice o castiga y que reside lejos y arriba. En tercer lugar, el mundo rural tiende a desaparecer o a ser absorbido por un modo de vida típicamente urbano. Sus hombres emigran y los pueblos se quedan solos. Es un mundo despoblado y envejecido y, como consecuencia, económicamente marginado. Tiene capacidad de resignación y de aguante ante lo negativo, pero quizá por eso constituye una parcela de fatalismo y derrotismo. Por último, se ha dado y se da en algunas zonas rurales una mejora ostensible en las condiciones de vida campesina, junto a las grandes virtudes que brotan del contacto con la naturaleza. El mundo rural, necesitado de una nueva evangelización, es capaz paradójicamente de ayudar en una regeneración espiritual.

En definitiva la pastoral rural ha de tener en cuenta la religiosidad popular, ha de contar con la presencia y responsabilidad de los seglares, ha de vivir el equilibrio entre el grupo y la multitud, ha de tener en cuenta ciertos ritmos de la naturaleza y de la tradición y ha de encontrar auge para una reiniciación cristiana²⁰

20. J. f. Caritas y mundo rural: Cor 16 (1980); *La vida de los pueblos*: PastMis 20 (1984/4); J. Sevilla-Guzmán. *La evolución del campesinado en España*, Barcelona 1979.

*Servicios pastorales según ámbitos especiales*a) *Pastoral sanitaria*

La *pastoral sanitaria* es el servicio cristiano de la Iglesia al mundo de los enfermos, ya sea en sus domicilios o en los hospitales, con el fin de ayudarles desde la fe, la esperanza y la caridad, en su lucha por la recuperación de su salud o curación total, mediante el diálogo, el testimonio, la caridad, la oración y la acción litúrgica. Precisamente al buscar el enfermo su salud, la pastoral de enfermos es una *pastoral sanitaria*²¹. Frente a la enfermedad ha de prevalecer siempre la búsqueda de la salud y de la curación.

Esta diaconía exige, en primer lugar, la colaboración de los cristianos cercanos al mundo del enfermo, especialmente los agentes más idóneos de dicha pastoral: el presbítero o *capellán*, las religiosas *sanitarias* y los laicos que viven y conocen el ámbito sanitario y ayudan en las tareas hospitalarias. Evidentemente, el centro de la pastoral sanitaria es el enfermo, a saber, la persona que ordinariamente sufre el dolor o la enfermedad —a veces dramáticamente— y quiere curarse o ser aliviada. Se encuentra la pastoral hospitalaria entre dos extremos: identificarse, sin más, con la medicina (reducirse a una tarea temporal) o convertirse en magia (reducirse a un puro milagrismo). No olvidemos que las fronteras de la medicina y de la magia o los ámbitos del médico y del sacerdote se han confundido con frecuencia.

Como toda acción pastoral, la pastoral sanitaria se funda en la palabra y praxis del Señor, una de cuyas actividades fundamentales fue la curación de enfermos²². Jesús cura las enfermedades y perdona los pecados para romper la nefasta dependencia entre pecado y enfermedad y manifestar que con la salvación llega el reino de Dios. La acción curativa de Jesús está en relación con su función profética (Is 53,4), al afirmar Mateo (8,17): «El tomó nuestras dolencias y cargó con nuestras enfermedades». Dentro de los encargos fundamentales que Jesús hizo a sus discípulos, uno de ellos fue el de «curar a enfermos» (Lc 10,9), hasta tal punto que es signo de la llegada del reino de Dios. La curación de enfermos entraña una lucha contra la enfermedad y un exquisito amor al enfermo. En el NT se observa ya una primera pastoral de enfermos (Sant 5,13-16) a través de una acción solidaria de la comunidad cristiana, la actitud

21. Cf. *Pastoral sanitaria*, en DAbPast 345-347: *Pastoral de la caridad sanitaria*: Cor 29 (1984).

22. Cf. J. A. Pagola, *Jesús y los enfermos desasistidos y necesitados*: «Labor Hospitalaria» 208 (1988) 135-141.

de fe del enfermo y el servicio sanitario de los presbíteros, mediante la «oración de la fe» y la «unción en el nombre del Señor». De este modo, el enfermo será sanado, aliviado o salvado.

La ayuda al enfermo se deriva del ministerio de caridad, no del carisma de curación o sanación. Lo que se busca no es el milagro físico sino la salud, en el sentido total de la palabra, por medio de la presencia de Cristo. Poco a poco se desarrolla en la Iglesia un ministerio especial de los enfermos, con la preocupación del hombre entero, a saber, atención corporal y asistencia espiritual. El servicio a los enfermos es diaconía eclesial, consecuencia evangélica de la palabra de Jesús: «No necesitan médico los sanos, sino los enfermos» (Mt 9,12) o «estuve enfermo y me visitasteis» (Mt 25,36). La solicitud pastoral de los enfermos corresponde a la comunidad cristiana en su conjunto, no exclusivamente a unos determinados agentes.

El enfermo, al estar ausente de la comunidad y seguir vinculado a la misma, participa por medio de la liturgia de los enfermos: penitencia, comunión, unción y viático. Pero la pastoral sanitaria no se reduce a una pastoral sacramental con los enfermos o a una mera acción caritativo-asistencial. Ha de ser siempre pastoral sanadora, liberadora, es decir, evangelización mediante palabras y hechos del mensaje esperanzador cristiano. Evidentemente, es evangelización adaptada al mundo de los enfermos, sin presiones (con libertad religiosa), con tacto (sin disimulos vergonzantes), con realismo (la enfermedad es un mal), de estilo personal (con atención exquisita) y relieve comunitario (con el ágape eficaz de la comunidad o del grupo apostólico hospitalario).

Recordemos además que en la pastoral de enfermos se ha utilizado con frecuencia un lenguaje *dolorista*, basado en la resignación, que es hoy inaceptable. En el cuidado de los enfermos el énfasis recaía antes en lograr que se aceptase la enfermedad, con objeto de ofrecer a Dios el sufrimiento para expiar las propias faltas y los pecados públicos. Recordemos que la enfermedad no es castigo de Dios sino condición humana. A la luz de la fe el sufrimiento es un *misterio*, puesto que Jesús lo tomó sobre sí y le dio valor redentor, aunque no lo desveló enteramente. Por esta razón, el dolor tiene significado soteriológico en el misterio total de la salvación, y la enfermedad es una ocasión privilegiada, aunque desconcertante, de comunión con Cristo²³.

23. Cf. Comisión episcopal de pastoral, *La asistencia religiosa en el hospital*, Madrid 1987; Bureau de pastoral de enfermos de Bruselas, *La comunión cristiana y los enfermos*, Madrid 1980; Federación Española de religiosas sanitarias, *Pastoral sanitaria*, Madrid 1976; A. Pangrazzi (ed.), *El mosaico de la misericordia. La relación de ayuda en la pastoral sanitaria*, Santander 1990.

La pastoral sanitaria no se reduce a una pastoral hospitalaria y a la atención de los enfermos de la parroquia. Modernamente se ha desarrollado un mundo de enfermos o de sub-enfermos desasistidos y marginados, atezados por enfermedades contagiosas y sin cura por el momento. Son enfermedades que aparecen como consecuencia de pobreza e incultura, marginación social y familia deteriorada, fruto de la prostitución, alcoholismo y drogadicción²⁴.

b) *Pastoral penitenciaria*

La cárcel o prisión es una «institución total» (como el hospital psiquiátrico) creada para asegurar la custodia de individuos acusados o culpables de haber violado el código penal²⁵. El encarcelado, que pierde su libertad por medio de un muro o de una barrera, vive separado del trabajo, la familia y la diversión. La cárcel de adultos se diferencia del reformatorio para delincuentes menores porque es cerrada, tiene guardianes o carceleros y una disciplina rígida, mientras que el reformatorio es abierto, está a cargo de educadores y se basa en la confianza. En la realidad, sin embargo, ni en la cárcel se reeducan los reclusos ni en el reformatorio se educan los jóvenes delincuentes. Difícilmente es la cárcel una institución de tratamiento para «lograr la reeducación y la reinserción social de los sentenciados a penas y medidas penales privativas de libertad», como afirma nuestra *Ley orgánica de Prisiones* de 1979. Por otra parte, dado el número insuficiente de cárceles y la inadecuada edificación de algunas, alejadas a veces del entorno familiar del recluso, se añaden otras dificultades a la pena de privación de libertad. Especialmente grave es el hacinamiento que se produce en muchas prisiones. En la Declaración de la comisión episcopal de pastoral social sobre las prisiones se afirma que la prisión «da la impresión de ser un almacén de seres despersonalizados. La prisión destruye los valores más ricos de la persona humana, y se convierte en enclave de alienación cuando no de violencia, soledad, *vagancia*, incompreensión y amoralidad o inmoralidad».

Esta situación penitenciaria exige una respuesta de la Iglesia a través de una pastoral adecuada a este campo. En primer lugar hay que exigir a los poderes públicos un tratamiento más justo y humano

24. Cf. *La pastoral del enfermo marginado*: Surge 43 (1985); *Dignidad de los marginados*: Conc 150 (1979); *En comunión con los marginados*: «Revista de Vida Religiosa» 1982/4.

25. Cf. *Pastoral penitenciaria*, en DAbPast 343-344; E. Martín Nieto, *Pastoral penitenciaria. Guía del voluntariado cristiano de prisiones* Madrid 1990.

del problema carcelario. En segundo lugar, la sociedad debe contribuir, a través de instituciones adecuadas, a conseguir lo que el poder coactivo del Estado no logra: ayuda a los excarcelados, sensibilidad con las justas exigencias de los presos, solidaridad con las víctimas de la delincuencia y fomento de una información veraz sobre las prisiones.

Recordemos que «la libertad a los cautivos» (Lc 4,18) pertenece a la entraña de la buena nueva o evangelio de Jesús. Tres actitudes han de tener el cristiano con los presos: perdón, confianza y caridad. Para concretar estas actitudes básicas es necesario potenciar un adecuado voluntariado cristiano de cara a las prisiones, formado por profesionales cercanos al mundo carcelario, asistentes sociales, visitantes de presos, etc., que ayuden en las tareas carcelarias a los capellanes y religiosas permanentes servidores en este campo. Dentro del centro penitenciario cabe destacar la importancia del servicio litúrgico, la instrucción catequética y la asistencia moral y espiritual. Fuera del recinto penitenciario se destacan las asistencias de tipo familiar, jurídica y poscarcelaria²⁶.

c) *Pastoral de emigración*

El fenómeno de la *migración* abarca el traslado físico de individuos o grupos de un lugar a otro (emigración o inmigración), con asentamiento relativamente duradero y cambio de ambiente social en el sistema de interacciones²⁷. Surge por expulsión o atracción, y de ordinario intervienen factores de discriminación política o de búsqueda de un nivel económico superior. En general se emigra de los países pobres (sin recursos, con ingresos bajos, alto desempleo, etc.) a los desarrollados (con prosperidad económica, alto nivel de ingresos, oferta de empleo, etc.) por razones de trabajo.

Cuando la migración se lleva a cabo entre grandes distancias o entre dos sistemas culturales muy diferentes, se producen con frecuencia tragedias. Hay casos en los que el pueblo no tiene más remedio que emigrar, cuando se producen desastres naturales. En otros casos la emigración puede ser forzada, por presiones políticas o religiosas. También se dan emigraciones libres. En todo caso, el fenómeno mi-

26. Cf. Declaración de la comisión episcopal de pastoral social, *Las comunidades cristianas y las prisiones*, (Madrid, 16.11.1986); *La Iglesia ante la delincuencia y las prisiones*. Primer congreso nacional de pastoral penitenciaria: Cor 41 (1987/1); *El voluntario lo cristiano en la pastoral penitenciaria*. Segundo congreso de pastoral penitenciaria: Cor 48 (1988).

27. f. *Pastoral de emigración*, en DAbPast 340-341.

gratorio afecta de ordinario a las capas sociales menos favorecidas, como son los obreros no cualificados, los parados y los campesinos sin tierra.

Un problema central de la migración es la integración de los inmigrados en la nueva realidad cultural, lingüística y religiosa, con la consiguiente desintegración de los valores propios del emigrante. De ordinario se producen otros problemas como el de la segregación que se sufre en la sociedad más desarrollada económicamente y los innumerables conflictos, tanto en el interior del grupo (tensiones entre nuevos y veteranos), como en relación a la población establecida. No podemos olvidar, asimismo, lo que supone el retorno de los emigrantes. La emigración española es de tres tipos: la *transoceánica* a América del Sur (entre 1900 y 1950), la *continental* a Centroeuropa (entre 1960 y 1980) y la *interior* española (entre 1960 y 1970) de las provincias más pobres a los polos de crecimiento.

La pastoral de los emigrantes se lleva a cabo por los agentes de pastoral propios del pueblo que emigra, ya que se hace en la lengua materna. Colaboran las Iglesias del país en donde se sitúan los emigrantes, con la creación de unas *misiones católicas* o estructuras pastorales para emigrantes. En un primer momento esta pastoral va dirigida a los adultos que acaban de asentarse, favoreciendo su cultura religiosa propia y facilitando el contacto con la Iglesia local. Es fundamental la renovación de la liturgia y de la catequesis, acomodadas a la nueva situación. Un segundo momento adviene con la ruptura cultural entre la primera y la segunda generación. Aquí se plantea la evangelización con los hijos nacidos en el nuevo país, que exigen una pastoral diferente que la llevada a cabo con sus padres. Finalmente, la segunda y la tercera generación necesitan una acción pastoral acorde con la aculturación ya tenida y aceptada.

Junto a la labor imprescindible de los capellanes, la pastoral de emigración necesita el trabajo de asistentes sociales, la ayuda de asociaciones de padres de familia y de diferentes grupos juveniles para crear comunidades cristianas vivas. Desgraciadamente, se suele producir en la emigración una especie de *Iglesia paralela*, por el problema de la tensión o separación de dos culturas, una de las cuales es la oficial o dominante. Para que la Iglesia de los emigrantes sea una Iglesia particular y no paralela, se debe evitar el *aislamiento* (el grupo se mantiene al margen de la cultura principal) y la *asimilación* (se renuncia totalmente a la cultura propia), para proceder mediante la *integración*, lo cual supone un equilibrio, siempre difícil, entre el mantenimiento de la propia identidad y la participación en la vida de la Iglesia donde se vive²⁸.

28. Cf. J. Castillo, *La emigración española en la encrucijada. Estudio empírico de*

d) *Pastoral del turismo*

El turismo (del inglés *to tour*, ir de excursión) es una actividad del tiempo libre, que entraña desplazamiento y estancia transitoria en una localidad diversa a la que habitualmente se vive²⁹. De ser en sus comienzos un fenómeno casi elitista ha pasado a ser en algunos países un fenómeno de masas. El tipo de turismo depende del nivel económico que se tiene y de las exigencias personales o culturales. Precisamente en el tiempo de ocio se desarrollan mejor o se consolidan más los valores de la persona y sus exigencias socioculturales, dentro de un abanico que va del descanso o la evasión hasta el crecimiento de la cultura propia. Estación privilegiada del turismo es el verano, sin olvidar las vacaciones de Navidad o Pascua, los *puentes* y los fines de semana.

La pastoral del turismo nació con la atención litúrgica a los turistas por parte de algunas parroquias enclavadas en zonas de esparcimiento y de ocio. Con la publicación del *Directorio de pastoral del turismo* (Roma 1969), surge una primera reflexión entre 1970 y 1975 basada en el tiempo libre creativo. Se han celebrado tres congresos internacionales sobre la pastoral del turismo en 1970, 1979 y 1984. Se pueden destacar cuatro aspectos importantes del turismo de cara a una pastoral: el socializador, el cósmico, el antropológico y el moral. En primer lugar, el turismo es factor de elevación social, al favorecer la unidad de los pueblos, el encuentro de culturas, el desarrollo de la hospitalidad, etc. Puede ser instrumento de paz y de fraternidad. En segundo lugar, el turismo es factor de solidaridad del hombre con el universo, al valorarse todo el sentido profundo y esencial que tiene la naturaleza. En tercer lugar es factor de restauración de la misma persona humana, ya que el hombre y la mujer se reponen, durante el ocio, de la trabajosidad que produce el trabajo. Finalmente, el turismo es factor de desarrollo espiritual, en la dimensión resurreccional³⁰.

e) *Pastoral castrense*

La acción pastoral desarrollada en el ámbito de los militares o profesionales de las fuerzas armadas se denomina *apostolado castrense*, expresión acuñada en 1944. Se utiliza el término *castrense*,

la emigración de retorno Madrid 1981; J. Domínguez, *El hombre como mercancía. Españoles en Alemania* Bilbao 1975; F. Pinot, *Trabajadores emigrantes en la lucha de clases*, Santander 1974; J. M. Martínez Irigoyen, *Veinticinco años de misión católica en Alemania: Ecll 1512* (1986) 127-134.

²⁹. Cf. *Pastoral de turismo*, en DAbPast 341-342.

³⁰. J. F. Appendino, *Turismo y tiempo libre*, en DETM, 1144-1153; B. Bennassar, *Turismo y pastoral* Barcelona 1966.

del latín *castra* o campamento militar. En los *Acuerdos* entre la santa Sede y el Estado español del 3 de enero de 1979 se habla de «asistencia religiosa a las fuerzas armadas»³¹.

Los militares constituyen en cualquier país un grupo social importante relacionado con la paz y la guerra, la seguridad y la integración internacional. El moderno tránsito de una sociedad militar y autoritaria a una sociedad industrial y democrática, ha hecho que el cuerpo castrense de los militares esté supeditado al poder político de los civiles. Es inaceptable hoy la intervención de los militares en el campo de la política. De ahí se desprenden una serie de valores propios de los militares, como su neutralidad política, fidelidad al gobierno elegido democráticamente por los ciudadanos, acatamiento de la autoridad legítima, etc. Puede hablarse con propiedad de una ética militar. Pero al ser entendidos a menudo los valores militares desde el arquetipo del héroe (valor, sacrificio, lealtad, generosidad, austeridad, etc.), se desarrollan en este medio virtudes distintas de los ámbitos civiles.

En la composición del ejército intervienen una oficialidad profesional y una tropa formada por soldados pertenecientes al pueblo, que son obligados a servir en la milicia durante un periodo previamente establecido. En determinados momentos pueden chocar dos mentalidades que corresponden a dos modos distintos de ver la vida. Recordemos que la ideología militar tradicional se basa fundamentalmente en las ideas de patria, orden y autoridad, representativas en muchos casos de tendencias conservadoras. Finalmente, los militares, aunque no todos, pueden ser portadores de un sentimiento *militarista*, al glorificar la autoridad, la disciplina, el orden, la obediencia, el prestigio, el honor, etc.

El apostolado castrense abarca todo lo concerniente al ámbito militar, desde el soldado raso al primer general, incluidos los alumnos de las Academias del ejército y las familias que viven en compañía de los militares. Por las características que tiene este importante grupo humano, la acción pastoral ha de basarse en la comunidad cristiana funcional y en los grupos apostólicos de tipo evangelizador. No debe recaer todo el trabajo en el cuerpo de capellanes ni se debe reducir esta pastoral a un mero servicio sacramental. Atención especial ha tener la catequesis de adultos y el catecumenado, sobre todo con los reclutas, soldados, cadetes y jóvenes oficiales. Los capellanes castrenses, según los *Acuerdos* de 1979, ejercen su ministerio bajo la jurisdicción del Vicario General Castrense. El apostolado con el ejército transcurre dentro del Vi-

31. Cf. *Pastoral castrense*, en DAbPast 338-339.

cariato Castrense, entendido como una diócesis personal, no territorial³². Según los nuevos Estatutos de 1987, el Vicariato General Castrense en España se denomina *Arzobispado castrense de España*.

BIBLIOGRAFIA

Ver para cada tema concreto la bibliografía que se incluye en las notas.

32. Cf. J. Busquets, *El militar de carrera en España* Ariel, Barcelona 1967; R. STRAS soldo, *Militares*, en F. Demarchi - A. Ellena, *Diccionario de Sociología* Madrid 1986, 1077-1092; *Militärseelsorge*, en HdPTh, III, 311-319.